

Las nomenclaturas y tecnicismos que hoy usan las ciencias, son utilísimo recurso mnemotécnico que consiste en suscitar por medio de los elementos componentes de la palabra una serie más ó menos dilatada de ideas y de conocimientos.

Por otra parte, generalizado el estudio del griego y del latín, sería su conocimiento uno de los medios más eficaces para divulgar las ciencias, mediante la lectura de libros no escritos con la aridez de las obras didácticas y que hoy están cerrados con los siete sellos del tecnicismo grecolatino.

No puede negarse que el conocimiento de las raíces de uno y otro idioma nos ayuda á formar la análisis y la síntesis de las palabras que de ellos proceden; pero no es menos claro que es necesario además tener alguna noticia de los otros elementos de que constan las voces, así como de los procedimientos de derivación, composición y yuxtaposición, según los cuales se combinan dichos elementos para llegar á formar la palabra. Entre éstos ocupan lugar muy principal las desinencias que distinguen los casos de las voces declinables y que descubren las formas diversas de los

verbos y de las voces verbales; casos y formas que ha de tener muy presente, así el etimologista que inquiere el origen y formas primeras de las palabras existentes, como el que tiene necesidad de enriquecer con voces nuevas ya la lengua vulgar, ya las nomenclaturas de artes y ciencias. Los procedimientos morfológicos que debe seguir el que forme palabras de procedencia latina, suponen el conocimiento de los procedimientos de flexión, pues quien ignore los casos de la declinación latina y las formas de los participios, infinitivos y supinos se hallará en la imposibilidad de escoger el caso ó la voz verbal que necesite, para que la nueva palabra resulte bien derivada; y este conocimiento que se requiere para la síntesis ó composición de las voces, se exige igualmente para sus análisis; para saber el valor y significado de sus elementos, cosa que incumbe conocer á todo el que tiene necesidad de poseer el tecnicismo de una ciencia. Colígese de aquí que el estudio de las raíces, para que sea fructuoso, pide el conocimiento de los procedimientos de flexión que enseña la Analogía latina. Téngase, además, en cuenta, que no basta

que las palabras estén bien formadas, sino que es indispensable saber pronunciarlas y escribirlas. Infiérese de todo esto que el estudio de las raíces latinas ha de ir acompañado del de la Analogía, Prosodia y Ortografía, si no sólo se han de formar bien y entender con claridad términos técnicos de procedencia latina, sino que se han de pronunciar y escribir correctamente. Idénticos conocimientos de gramática griega reclaman los términos que vienen del griego.

Antes de concluir haré notar que los más acerbos adversarios de los estudios clásicos, aun no se resuelven á condenarlos de un modo completo y absoluto.

El actual emperador de Alemania que desea *germanizar* la educación de la juventud alemana, sólo quiere que ocupen el primer lugar la Historia y la Literatura de su patria; desea que "los jóvenes escolares vayan de Sedán á Maratón, en vez de ir de Maratón á Sedán;" pero no les prohíbe que vayan á Maratón, y seguramente tampoco les impedirá que, conducidos por Tito Livio, visiten á Cartago.

Alejandro Bain, en su libro sobre la Ciencia de la Educación, hace una conce-

sión muy importante para mi intento, supuesta la autoridad de que goza entre los enemigos del latín. Ha escrito lo siguiente: "Estamos á punto de llegar á una transacción entre el nuevo sistema y el antiguo, fundada en el abandono de una de las dos lenguas clásicas, es decir, del griego, de suerte que sólo el latín sea obligatorio en el programa de los estudios superiores."

Bain deplora que durante muchos años los discípulos consagren más de la mitad de su tiempo al griego y al latín en algunas escuelas de Inglaterra.

En Alemania, según el mismo autor, durante cuatro años se conceden al latín seis horas semanarias, y en los dos siguientes se le dedican siete. En Francia, según Frari, se estudia latín diez años consecutivos.

Se percibe muy claramente que el curso de una sola asignatura, prolongado por tan dilatado espacio de tiempo, impide la adquisición de otros muchos conocimientos, algunos de mayor importancia; pero nosotros no estamos en ese caso; actualmente se le señalan á este idioma seis horas semanarias, durante el período de tres años,

y las demás horas útiles se ocupan en otros estudios, en su mayor parte científicos. Hay, por lo mismo, la seguridad de que los cursos de latín no perjudican á los demás. No bastarán para formar eruditos y profundos humanistas, como tampoco pueden salir de las aulas especialistas en Matemáticas, en Física, en Química ó en Historia Natural, porque esto no es posible. Los especialistas tienen que formarse después, estimulados por su vocación y ayudados eficazmente por los conocimientos adquiridos en las escuelas, en las cuales sólo pueden allegar los conocimientos fundamentales de cada ciencia y de los métodos y procedimientos indispensables para adquirirlas, con lo cual, como tantas veces se ha dicho, se aprende á estudiar.

Para que la educación de los jóvenes escolares satisfaga á sus más urgentes necesidades, no se ha de exigir que en cada materia alcancen conocimientos tan extensos y profundos, como si fuera ella la única que hubieran de cursar; si así se procediera, habría que sacrificar á un solo conocimiento ó á un solo orden de conocimientos todos los demás; habría que descuidar

las letras por la ciencias ó éstas por aquellas.

Si el plan de estudios atiende igualmente al cultivo de las letras y de las ciencias, dejarán de vivir divorciadas las unas de las otras. Por caso lamentable pasa entre nosotros, salvas honrosas excepciones, que los hombres de ciencia poco se cuidan de lo que llaman la forma del pensamiento, y los humanistas y literatos, pagando desdén con desdén, no dan mayor importancia á las pacientes labores del observador y del experimentador. Pero aun suponiendo que los unos estimen en lo mucho que vale la labor de los otros, es estimación meramente platónica, pues cada quien mira como vedados los dominios en que él no impera. Que no sea esta la conducta que observen nuestros alumnos; que antes bien imiten á los sabios franceses que hermocean las verdades austeras de la ciencia con las galas y atavíos del lenguaje y del estilo, estilo y lenguaje que han acendrado en el crisol de los clásicos griegos y latinos.

Por otra parte, no perdamos de vista que si las ciencias experimentales y de observación, auxiliadas poderosamente de las

exactas, descubren cada día en la Naturaleza nuevas energías que ponen al servicio del hombre, para proporcionarle toda clase de goces materiales, las Humanidades, tomadas en toda su plenitud, desenvuelven las energías de nuestra alma y las aplican á los objetos más nobles y levantados: al conocimiento de la Verdad; al amor y práctica del Bien; á la manifestación y realización de la Belleza.

Por estos estudios amamos á la Naturaleza y á su Autor Omnisciente y Todopoderoso; á la Humanidad y á la Patria; á la Libertad y al Derecho; á la Ciencia y al Arte.

Un solo libro, el libro por excelencia, el monumento literario más grande que posee el hombre, transformó al mundo antiguo en el mundo cristiano; muchos siglos después, los griegos fugitivos de Constantinopla obraban otra gran transformación que se llamó Renacimiento; á su vez el Renacimiento preparó el camino á la Revolución más trascendental de los tiempos modernos; y esa Revolución fué en gran parte obra de los autores griegos y latinos. No es esta la oportunidad de juzgar á la

Revolución y al Renacimiento, pero sí lo es de ponderar cuán grande es el poder de las ideas cuando se asocia al poder de la palabra. ¿Qué son, pues, las fuerzas de la materia comparadas con el empuje casi omnipotente del espíritu?

No sé si el ardor con que defendiendo el estudio y cultivo de las literaturas clásicas me haya llevado más allá de los lindes que fija la verdad; pero suponiendo que hubiera exagerado la influencia que les ha tocado ejercer en el mundo antiguo y en el moderno, sí podré decir de esta disciplina del espíritu, lo que con tanta elocuencia como verdad dijo alguna vez el más grande de los oradores romanos: "Hæc studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant; adversis perfugium ac solatium præbent; delectant domi, non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinatur, rusticantur."

He dicho, señores, si no todo, algo de lo mucho que abona el estudio de las Humanidades en general y del latín y su literatura en especial. No creo necesario fatigarlos por más tiempo; lo dicho basta, á lo menos, para fijar el estado de la cuestión.

Por lo demás, el acendrado amor que profesa á las letras el actual Ministro de Instrucción Pública; el culto que rinde á la lengua patria tan bien manejada por su correcta y elegante pluma; su investidura académica que lo pone al lado de los próceres de la Literatura en España y en América; me hacen esperar fundadamente que no será el literato, el hablista, el académico, quien descargue rudo golpe sobre nuestra lengua y literatura, suprimiendo la enseñanza de la lengua y de la literatura latinas.



CARTAS

SOBRE PUNTOS GRAMATICALES

por el autor y por

D. RUFINO JOSE CUERVO.
